

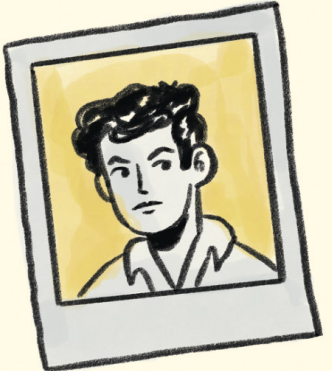
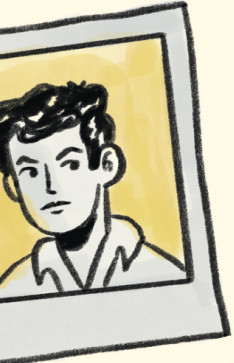


RES

COMADRES

VIVOS LOS QUEREMOS

VIVOS LOS



RES

COMADRES



El canto de las Comadres

El canto de las Comadres

Relatos que sanan II: Voces de líderes y defensores de derechos humanos en Iberoamérica

Proyecto ganador del programa de beneficios para el fomento y fortalecimiento del sector museal del Distrito Especial de Ciencia, Tecnología e Innovación de Medellín, Secretaría de Cultura, 2025.

Fondo Editorial Museo Casa de la Memoria
Distrito Especial de Ciencia, Tecnología e
Innovación de Medellín

Alcalde de Medellín:
Federico Gutiérrez Zuluaga

Dirección:
Luis Eduardo Vieco Maya

Subdirección:
Mariana Restrepo Bedoya

Coordinación editorial:
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Corrección de textos:
Daniela Perrone Martínez

Textos:
Daniela Perrone Martínez
Juan Fernando Jaramillo Montoya
María Clara Ramírez Gómez
Santiago Restrepo Vélez
Sebastián Santamaría Présiga
Yuri Catalina Montoya Cardona

Ilustraciones:

Tania Florez Henao

Diseñador:

Daniel Cano Jaramillo

Profesional en planeación:

Carlos Ignacio Bernal Yong

Primera edición: mayo, 2026

ISBN: 978-628-97636-2-1

© de la presente edición:

Museo Casa de la Memoria

Calle 51 # 36-66, parque Bicentenario
Medellín, Colombia

Teléfono: (604) 520 20 20

www.museocasadelamemoria.gov.co

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.



La tarde en San Salvador caía lenta, como si el calor quisiera aplastar el aire. En una pequeña casa, varias mujeres se reunían alrededor de una mesa de madera. Encima había fotos en blanco y negro, cartas arrugadas, recortes de periódicos, carpetas deshilachadas. El café humeaba en vasos de vidrio, y las cucharas tintineaban contra las paredes como campanas pequeñas.

Eran conocidas como Las Comadres: mujeres que habían visto cómo la guerra se llevaba a sus hijos, a sus esposos, a sus hermanos. Nadie les devolvía respuestas, pero ellas habían decidido no esperar en silencio.

—Yo todavía lo escucho, ¿saben? —dijo Teresa, mirando el retrato de su hijo pegado a la pared—. Me llama desde algún lugar, y cuando quiero alcanzarlo, se deshace como humo.

Julia la miró con ojos cansados, acariciando un pañuelo bordado con hilos rojos.

—Así me pasa también. El mío aparece en sueños, sonrío, pero nunca llega a decirme nada. Se queda mudo, como si la misma guerra le hubiera robado hasta la voz.

Hubo un silencio breve. Afuera, un perro ladraba, y los pasos de los transeúntes parecían lejanos, como si la ciudad entera viviera en otro tiempo.

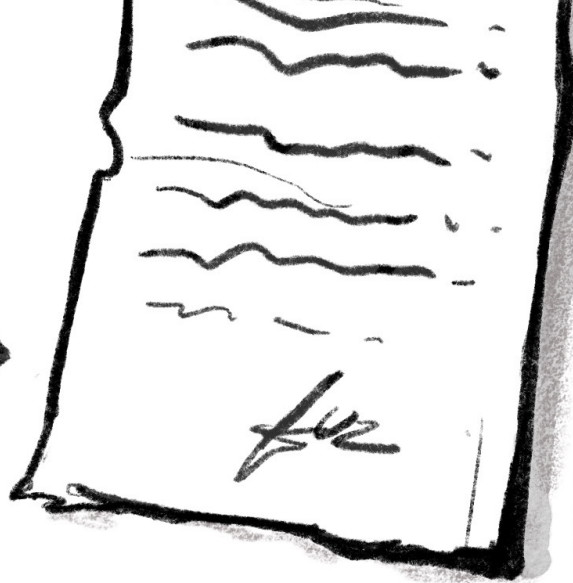
—¿Y qué vamos a hacer, comadres? —preguntó María Esperanza, golpeando la mesa suavemente con la mano—. ¿Acaso vamos a dejar que se pierdan en la nada?

Nadie respondió enseguida. El cansancio les pesaba, pero había algo más fuerte que el cansancio: la necesidad de seguir.

La puerta se abrió despacio y entró doña Luz, la mayor del grupo, con el cabello recogido y la frente brillante de sudor. Traía una carpeta atada con una cinta gastada. La puso sobre la mesa como quien coloca un tesoro.

—Aquí está lo que alcancé a escribir anoche —dijo con voz firme—. Los nombres, las fechas, los lugares donde los vieron por última vez. Cada palabra es un rastro. Si lo dejamos perder, es como si enterráramos dos veces a los nuestros.

Julia suspiró.



¿DÓNDE ESTÁN?

—Doña Luz, usted no se cansa nunca.

La mujer mayor la miró con ternura.

—Me canso todos los días, hija. Pero el cansancio no me detiene. Se lleva como quien carga agua en un cántaro: con cuidado, con paciencia. No se derrama, se convierte en fuerza.

La luz de la tarde caía sobre sus rostros. Cada arruga, cada ojera, cada gesto parecía una marca escrita por el tiempo de la guerra.

—¿Qué somos nosotras? —preguntó Teresa, en voz baja, como si hablara consigo misma.

—Somos memoria —respondió María Esperanza.

—Somos el llanto que no se ahoga —agregó Julia.

—Somos el eco de los ausentes —dijo Doña Luz.

El silencio que siguió estaba cargado de sentido. Entonces alguien murmuró:

—Somos comadres.

Y la palabra quedó flotando en la sala, como un manto invisible que las cubría a todas. No era solo un nombre. Era un pacto.

Desde aquel día comenzaron a caminar juntas por las plazas y las calles. Iban con pañuelos bordados, con pancartas improvisadas, con fotos colgadas del cuello. La gente las miraba con respeto, algunos con miedo, otros con incredulidad. No eran muchas, pero su presencia tenía el peso de un río.

—Mírenlas —decían algunos—. Ahí van las locas que insisten.

—Que lo digan —respondía Julia, apretando el retrato contra el pecho—. Prefiero ser loca a quedarme callada.

En las marchas, sus voces se mezclaban:

—¡Vivos se los llevaron, vivos los queremos!

Los policías las vigilaban de cerca, y a veces trataban de dispersarlas. Pero ellas permanecían, firmes como piedras en medio de la corriente.

11

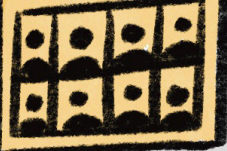
Una tarde, después de una protesta, se sentaron juntas en un parque, bajo un árbol de jacarandás. Las flores lilas caían sobre sus hombros como lluvia ligera.

—¿No tienen miedo? —preguntó Teresa, rompiendo el silencio.

—Claro que tengo —respondió María Esperanza—. Pero más miedo me da que se borren sus nombres.



CO-MADRES



JUSTICIA





¡VIVOS SE
LOS LLEVARON,
QUEREMOS LOS
VIVOS!

Doña Luz levantó la vista al cielo, donde un grupo de pájaros cruzaba en bandada.

—El miedo es una sombra. Nos sigue, pero no puede detenernos si seguimos caminando.

Julia sonrió apenas.

—Entonces sigamos cantando, como los pájaros. Aunque repitamos la misma nota, alguien tendrá que escucharnos.

14

Las demás asintieron. Esa noche, cuando regresaron a sus casas, cada una sintió que llevaba consigo no solo el peso de su propia ausencia, sino la compañía de todas.

Con el tiempo, las Comadres se hicieron conocidas más allá de su barrio, más allá de la ciudad. Sus carpetas, sus libretas, sus pancartas pasaron a ser símbolos. Y aunque el poder intentó silenciarlas, nadie pudo arrancarles la constancia.

—¿De dónde sacan tanta fuerza? —les preguntaban algunos periodistas.

Y doña Luz respondía siempre lo mismo, con una sonrisa serena:

—Del amor. ¿De dónde más?

Ese amor, convertido en terquedad, las sostuvo durante años. Porque entendieron que la memoria no es un cuarto cerrado, sino un río que busca siempre su cauce. Y ellas eran las guardianas de ese río, aunque tuvieran que atravesar la tormenta una y otra vez.

Hoy, cuando se recuerda a las Comadres, no se piensa solo en sus nombres, sino en la música de sus voces juntas, en los pañuelos que llevaban en las manos, en la firmeza con la que sostuvieron fotografías gastadas. Se piensa en las palabras que compartieron una tarde, bajo la sombra de un árbol:

—Somos memoria.

—Somos el eco.

—Somos comadres.

Y esa respuesta sigue resonando, como un canto que no termina.

Antes de la lectura

Mi grupo especial

Piensa en un grupo al que pertenezcas:

- tu familia
- tus amigos
- tu equipo

Luego completa:

Mi grupo es: _____

Nos gusta hacer: _____

Quando estamos juntos me siento: _____

Durante la lectura

Caritas del cuento

Mientras escuchas el cuento, piensa en cómo se sienten las comadres.

Después dibuja tres caritas:



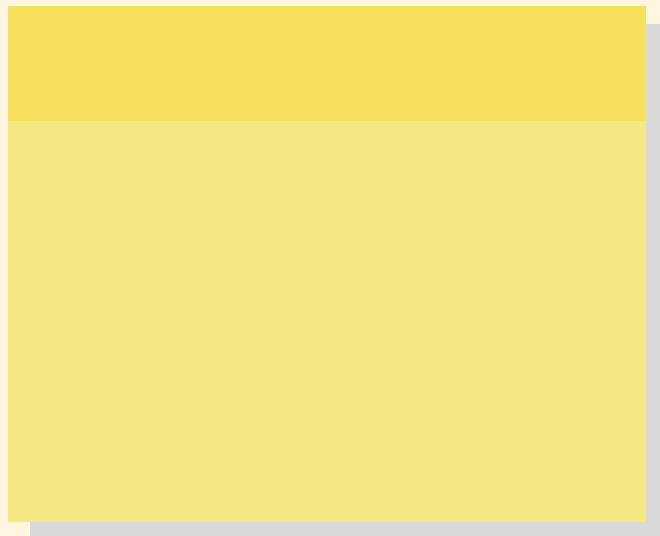
una cara triste



una cara preocupada



una cara con esperanza



Después de la lectura

Caminar juntos

Imagina que también haces parte de un grupo como las comadres.

Respondan:

¿A dónde irían juntos? _____

¿Qué llevarían en las manos? _____

¿Qué dirían en voz alta? _____

Luego dibuja esa escena.

Un mensaje en voz alta

Piensa en un mensaje importante que quisieras decir.

Completa:

“Yo quiero decir: _____

_____”.

Después: Dilo en voz alta y escucha a tus compañeros, amigos, familia.



VIVOS LOS QUEREMOS

MADRES

COMADRES

MADRES

COMADRES

